antemano mi consentimiento, y te prometo formalmente no echar á la calle al príncipe.

La llegada de los otros convidados interrumpió la conversacion.

XLIV

Al dia siguiente se presentó Héctor en el hotel de la rue Murillo, aprovechándose apresuradamente del permiso que le habia dado Lazarine la víspera.

La marquesa le recibió con una gracia exquisita, que no estaba exenta de coqueteria, y este recibimiento acabó de trastornarle la cabeza por completo.

Volvió al dia siguiente, y al otro, sin que tardára mucho en adquirir confianza, desapareciendo la timidez del principio; evocaba de una manera discreta y sentida los reduerdos del pasado, y así preparaba el porvenir.

Sin hacer una explícita declaración á la viuda, le daba á entender que siempre la habia amado, que la amaba entonces mas que nunca, y que el solo objeto de su vida, su único deseo

y su mas querida ilusión, seria hacer de ella una princesa.

Lazarine no deseaba otra cosa.

La conversacion que habia tenido con su padre probaba hasta la saciedad que aceptaba gustosa la idea, fácil de realizar, de cambiar su título por otro mejor, y juntar su fortuna. que era ya bastante buena, á la fortuna inmensa del príncipe.

Bien es verdad que ella no estaba enamorada de su nuevo adorador (¿podia acaso amar aquella seductora y frívola criatura?), aunque Héctor le gustaba mucho.

A pesar de las lecciones de Godefroy y de sus propios esfuerzos, el ex-Begourde no se habia desprendido por completo de sus antiguos modales de artista bohemio, y habia algunos momentos en que volvia á aparecer el antiguo amante de la señora Bobino bajo la flamante apariencia del nuevo caballero.

Cuando por casualidad ó por distraccion cometia alguna de aquellas reminiscencias inevitables del tiempo pasado, Lazarine se echaba á reir y Héctor tenia en cambio un gran sentimiento.

Pero precisamente este aspecto de Begourde era el que mas seducia á la marquesa, cuyos instintos burlones se habian desarrollado con nueva intensidad. —Un marido con estas condiciones seria una cosa muy entretenida, perdonaria todas mis locuras y aceptaria mis excentricidades: ¡qué bien gastariamos nuestras repletas arcas en este hermoso Paris!

Al tiempo de hacerse Lazarine estas reflexio-

nes, suspiraba profundamente.

Y era que entre ella y el príncipe existia, por culpa suya, un obstáculo de importancia difícil de vencer y casi imposible de superar.

Este obstáculo se llababa Marcelo Laugier.

¿Como concluir con aquel hombre, á quién en un momento de abandono habia adquirido nuevos derechos?

¿Como sustraerse á aquella pasion exigente, insaciable, nunca satisfecha, y que seguramente seria mas imperiosa y mas tenaz en el momento en que se sintiese amenazada?

No era posible pensar en romper de una vez; pero quizá pudiera conseguir algo apurando su paciencia á fuerza de pequeñeces y triunfar por este medio.

La marquesa resolvió plantear este sistema. Desde el dia en que Lazarine tomó esta resolucion, la existencia de Marcelo fué intolerable.

Nuestros lectores no habrán olvidado que por mandato expreso de Lazarine le estaba prohibido poner los piés en el hotel, y que tres ó cuatro veces por semana salia ésta de su casa furtivamente como una mujer adúltera para buscar á su amante.

Para aprovechar estas ocasiones estaba Marcelo todas las noches esperando en un coche en la Avenida de la Reina Hortensia, frente al número 5.

Lazarine empezó por hacer menos frecuentes

estas entrevistas, y despues muy raras.

Consentia que el ex-oficial se helase y se desesperase, esperando inútilmente durante cinco ó seis horas seguidas.

Si Marcelo trataba de quejarse cuando por fin venia la marquesa distraida y preocupada,

ésta le respondia:

—No puedo remediarlo: iba á salir y llegó mi padre; ¿es este culpa mia? Vuestras quejas son injustas y me mortifican, amigo mio.

-, Pero el señor Leroux viene ahora todos

los dias?-murmuró Marcelo.

—Casi todos; viene cuando quiere. ¿Teneis acaso la pretension de que cierre la puerta á mi padre?

—Pero yo tambien estoy ansioso por veros:

recibidme en vuestra casa.

—Ya sabeis que eso es imposible; cuando me hicísteis esa peticion os dije que rehusaba, y sigo rehusando y rehusaré.

A poco tiempo inventó un nuevo pretexto.

Habia terminado el luto, y los salones de Paris reclamaban su presencia.

La marquesa no podia ni queria desairar esas invitaciones y aparecer como aislada del mundo.

—Pero exclamaba Marcelo,—esas casas á que vais, ¿están cerradas para mí?

—Tratad de que os las habran si quereis—contestaba Lazarine con aire desdeñoso.—Pero no supondreis que seré yo la que os presente.

Durante una semana, no apareció ni una so-

la vez, ni dió noticias de su persona.

El ex-teniente no podia ya tener ninguna duda respecto de las intenciones de la marquesa.

Lazarine queria borrar el pasado y deseaba romper á todo trance, y Marcelo no se conformaba ni con lo uno ni con lo otro.

Los desdenes de la marquesa estimulaban su pasion hasta el delirio en lugar de amenguarla.

Estaba á la vez loco de amor, de rabia y de celos.

—Si solamente hubiera ella dejado de amarme—decia entre sí, — no llevaria tan adelante ese bárbaro desden y tendria un poco de lástima de mí; no martirizaria tan cruelmente á un amante que sabe la tiene una pasion intensa y profunda, y una adoracion sin límites; debe haber algo mas, y ese algo mas, es que me ha quitado su corazon para dárselo á otro; pero, ¿quién es ese rival?

Marcelo empezó á espiar.

Se pasaba las tardes metido en un coche echadas las cortinillas delante de la puerta del hctel de la rue Murillo.

La puerta estaba abierta por completo, porque recibia Lazarine, y una multitud de carruajes llegaban hasta el vestíbulo.

¿Como era posible reconocer entre tanto hombre elegante el que distinguia con sus aten-

ciones la marquesa?

¡Bien se sabe que Marcelo habria dado gustoso una parte de su vida por averigarlo! ¡con qué salvaje alegria le habria buscado para provocarle y desafiarse con él!

¡Matar ó morir! cualquiera de ambas cosas le importaba poco, porque si salia vencedor estaria vengado, y muerto dejaria de sufrir.

Algunas veces le faltaba muy poco para en-

trar, y subir.

—Los criados me conocen—decia entre sí, — y encontrarán muy natural su presencia; traspasaré ese umbral, y sabré qué es lo que se me oculta; todo esto es muy fácil.

Y sin embargo de que, en efecto, era muy

fácil, Marcelo no subia.

Aquel soldado de vigoroso temple, enérgico y violento, que era muy capaz de herir á un ri-

val en el rostro y en el corazon, temblaba como un niño ante la voluntad de la mujer que idolatraba.

Lazarine le habia prohibido que se presentase en el hotel y no se atrevia á desobedecerla.

Pero exasperado un dia por esta espera que le desesperaba y le encendia la sangre, resolvió provocar una explicación decisiva, y escribió les siguientes líneas:

"Hace mas de una semana que no os he visto. y no puedo vivir así. Esta noche os espero de seis á nueve en el mismo sitio en que os aguardo todos los dias, sin que hayais ido: es preciso que no falteis hoy, lo exijo. He bajado la cabeza durante mucho tiempo ante imperiosos caprichos que aceptaba sin dicutir; pero ha llegado el dia en que dejo de obedecer para empezar á mandar. Si no os yenís á buscarme yo os buscaré, y si no os he visto á las nueve llamaré á vuestra casa y tendrán que abrirme; advirtiéndoos que si no estais en vuestra casa por haberos marchado á uno de esos salones por los cuales me sacrificais, os seguiré tambien hasta ellos entrando para hablaros, aunque de esto pueda resultar un escándalo. Creed lo que os digo, Lazarine; no me exaspereis diciendo que no teneis nada que temer, porque ha de faltarme el valor en el momento de obrar.

Desafiar á un loco es una insensatez, y yo soy irresponsable porque ya he perdido el juicio."

Marcelo metió en un sobre esta carta, que no tratamos de justificar, pero reproducimos en obsequió á la verdad, y la hizo entregar en casa de Lazarine por un mozo de cuerda.

Aquella misma tarde, á las seis en punto, lleno de su fria resolucion, á pesar de la ardientefiebre que le consumia, llegó Marcelo y se paró frente al número 5 de la Avenida de la Reina Hortensia, esperando.

La espera fué bien larga. Pasó una hora despues otra.

De cinco en cinco minutos miraba su relój á la luz del farol del gas y lo acercaba al oído, admirándose de que estuviera marchando, segun lo poco que se movian las hojas en la esfera.

Dieron las ocho.

La Avenida estaba casi desierta.

Un ruido de menudos pasos marchando de una manera apresurada sobre el asfalto, se es cuchó acompañado del crujir de un vestido de seda

El corazon de Marcelo cesó de latir, iba á bajarse y no tuvo tiempo.

La portezuela del carruaje se abrió de una

manera brusca y Lazarine se precipitó en el

Su agitada respiracion indicaba claramente la rapidez de su carrera.

Gracias á Dios!—murmuró el jóven, tratando de coger y estrechar la mano de la marquesa, que ésta retiró casi con cólera.

—¿Comereis conmigo Lazarine?—preguntó con voz conmovida y trémula por la emocion.

-Nó-contestó bruscamente la marquesa. -¿A donde quereis que vayamos?

—Donde querais.... todo derecho; no dispongo mas que de una hora.

—Por la Avenida de los Campos Elíseos hasta la plaza de la Concordia—dijo Marcelo al cochero.

El coche se puso movimiento.

Al cabo de algunos momentos de un silencio enojoso, murmuró el ex-oficial:

Bien veo que estais incomodada, Laza-

La marquesa no contestó ni una palabra, y siguió el anterior silencio.

El reflejo de las luces iluminaba de una manera vaga el interior del carruaje, forrado de satin marron.

La jóven estaba sentada en el ángulo de la izquierda, con el velo echado y la cabeza hácia atrás. Su mirada era fija, y á pesar del negro

encaje y la penumbra que allí reinaba, podia notarse el brillo de sus pupilas.

El agitado movimiento de su pecho indicaba claramente la tempestad que iba á desencadenarse de un momento á otro.

Aquel silencio era su precursor.

Iba á entablarse una lucha extraña y sin cuartel entre aquellos dos séres que poco tiempo antes estaban unidos por los mas estrechos lazos.

Lazarine era de Marcelo: éste era el padre del hijo de Lazarine.

Todas las palabras que ha inventado el amor habian sido pronunciadas por aquellos labios en el momento de estar unidos.

Pero estos recuerdos, que eran los que evocaba Marcelo, eran precisamente los que La zarine trataba de borrar.

Por un lado hablaba un amor impetuoso; por otro un ódio implacable.

Lazarine rompió el fuego disparando el primer tiro.

XLV

La señora de la Tour du Roy se cruzó de